

JAZMÍN RIERA



CAMBRIA
LOS GUARDIANES



JAZMÍN RIERA

CAMBRIA

LOS GUARDIANES



 Planeta

CAPÍTULO 1



Cambria
Actualidad

— ¡T ab Jones! —Lucrecia entró al despacho con las hojas impresas de mi historia—. Esto es exquisito. —Se sentó frente al escritorio.

La observé luego de dar un sorbo a mi café.

—Me alegro de que te haya gustado, casi me cuesta una demanda —comenté y ella sonrió.

—Se publicará la semana que viene. —Me miró fijamente detrás de sus anteojos con forma gatuna—. Tráeme más de esto y verás cómo asciendes hasta los cielos —vaticinó antes de dedicarme una última sonrisa y retirarse.

El teléfono sonó.

—Tabatha Jones —contesté.

—Eres una hija de la mierda, no tienes cer... —Corté la comunicación y caminé fuera de la oficina.

—Isabella —llamé a la joven estudiante de periodismo que se encontraba escribiendo algo en la computadora. Su cabello lacio y castaño caía por sobre su camisa blanca; tenía un mechón rosa fluorescente, un *piercing* en la mitad del labio inferior y un delineado grueso en los párpados. Me miró con atención—. ¿Quién era el del teléfono? —pregunté.

—Tu tío... —contestó con rapidez.

—Mi tío Robbie está muerto —repuse levantando una ceja.

—Yo pensé que... —habló con rapidez—. Me dijo...

—¡Chequeá siempre la información, Isa! —le sugerí y salí al pasillo en busca de un nuevo café.

—¡Tab! —Gail salió de su oficina con rapidez—. Me enteré de la historia del vendedor de drogas —comentó divertido—. Lucrecia debe sentirse frente a una mina de oro.

—Todavía no llego a superarte con la trágica historia de amor de la señora Papriská —repose mientras caminábamos juntos hacia la cafetería.

—¿Acaso crees que nos estén haciendo competir? —preguntó con voz divertida mientras me servía un café.

Gail tenía treinta y pico de años, tez morena y llevaba el cabello afeitado. Era uno de los periodistas estrella de la editorial y su engreído culo lo sabía.

El diario central de Cambria me había abierto las puertas desde hacía poco menos de un año y había regado mi maldita sangre para darle las mejores historias; era mi primer trabajo luego de terminar la universidad y quería hacerlo bien.

—Es bueno tener a alguien con quien competir —confesó mirándome de arriba abajo antes de pasar a mi lado y retirarse—. Solo ten cuidado de no terminar como tu antecesor; supe que te estás metiendo con el caso Morgan —fue todo lo que dijo y se perdió por el pasillo.

Nuevamente en mi oficina, el aroma a café invadió el espacio. Observé la ventana en lo alto; el cielo estaba nublado. El sospechoso suicidio de Simon Cartier, el periodista de investigación, había dejado un caso sin resolver. Sabía que estaba bajo la mira al estar ocupando su lugar temporalmente, pero todo indicaba que estaba haciendo un buen trabajo como para sustituirlo y, además, cobraba dos veces menos que él... lo que era una ventaja para el diario.

No tanto así para Cartier.

Me senté en la silla detrás del escritorio y mi mirada fue hacia un estante con una caja de color azul Francia; contenía los casos en los que había trabajado Cartier. No había tocado sus cosas desde que había llegado al diario, casi como si fuese algo prohibido. Me moví con la silla hasta el gran ventanal.

—¿Qué escondes, Cambria? —susurré observando la ciudad desde lo alto.

Corrí bajo la lluvia torrencial de la noche; en una mano llevaba bolsas con víveres y en la otra un nuevo libro. A los pocos minutos ya me encontraba entrando por la puerta del departamento. Una música *indie* retumbaba con fuerza y Diana se besaba con un tipo completamente tatuado arriba del sillón.

—Didi, te dije que la música tan fuerte...

Miré los dos cuerpos entrelazados en el sillón del living.

—¡Tab! —la voz de Diana resonó a la vez que me miraba sorprendida—. Te presento a...

—Paul... —contestó el joven algo cohibido mientras intentaba alcanzar sus bóxers del piso.

—Paul, ella es Tab. —Mi hermana sonrió.

—Baja la música, no queremos que se quejen de nuevo los vecinos. Caminé hacia la cocina.

—Te ha llegado una carta —me avisó Didi.

Me serví en un plato los restos de comida china que había en la heladera, agarré mi *laptop* y caminé hacia la habitación sin olvidarme de tomar la carta en el camino.

Me había mudado con Didi, mi hermana menor, un año atrás, al mismo tiempo que me habían ofrecido el empleo en el diario central. A ella le había parecido una excelente idea para alejarse de casa.

El departamento era amplio y antiguo pero con mala distribución, lo que lo hacía parecer pequeño. El olor a humedad ya nos resultaba familiar y las goteras se hacían cada vez más grandes cuando llovía; algo constante ya que en Cambria raramente sale el sol. Tal vez por eso el carácter taciturno de sus habitantes.

Los gritos y las risas en el living sonaban lejanos en la habitación. Abrí la *laptop* y revisé las últimas noticias.

«Queman templo espiritual en España en señal de protesta».

—¿Quién mierda sigue quemando espacios...? —susurré.

Años atrás había habido una moda en la que todos parecían estar en contra de la religión, fuera cual fuera. Un grupo que se hacía llamar los *subos* había quemado todo lo que tuviera algún símbolo religioso.

—¿Quién será mi próxima víctima? —pregunté al aire y cerré la *laptop*.

Iba a tomar el libro que había dejado por la mitad cuando me detuve en la carta que llevaba mi nombre escrito en el frente.

«Mantén la boca cerrada o te quemaremos» era el mensaje.

La hice un bollo y la tiré en el basurero. Sería la quinta vez que debería acercarme a la policía para asentar una denuncia por amenazas. Nunca ocurría algo serio, pero entendía que había gente que quería mantener sus oscuros secretos lejos del diario central y mis narices metiches.

—Ey. —Didi apareció luego de un rato por la puerta de la habitación llevando un buzo grande y el cabello rubio despeinado.

El chico ya se había retirado hacía tan solo minutos.

Didi era delgada como un escobillón, parecía una modelo; tenía veintitrés años y su cabello rubio platinado y su flequillo un poco más arriba de las cejas le daban un aspecto dulce que contrastaba con su rebeldía. Didi había comenzado a ocultar su cabello castaño con tintura desde temprana edad, por lo que rápidamente se había diferenciado de mi cabello negro azabache y las curvas que había heredado de mi madre. Siempre fui voluptuosa, lo que me trajo muchos problemas para ser tomada en serio en un mundo tan superficial y en el que abundan las conductas machistas. Didi, en cambio, era una belleza clásica, con sus piernas largas y esbeltas.

Prendió un cigarrillo mientras se apoyaba en la puerta de la habitación.

—¿Nuevo chico? —pregunté sin levantar la mirada del libro.

—Toca en una banda —comentó divertida antes de largar el humo—. ¿Qué tal la carta?

Levanté mi rostro frunciendo el ceño.

—Nada especial, una advertencia.

—¿Quieres que vayamos a la policía de nuevo? —Frunció el ceño al verme preocupada.

Negué con la cabeza quitándole importancia al asunto y se retiró al living.

Caminé por las calles sintiendo el viento golpear mi cara. Estaba húmedo y frío. Me detuve al escuchar el sonido de la campana de la catedral más cercana; era extraño que alguien hiciera sonar las grandes campanas de la vieja catedral. Mi celular vibró al instante; era Gail.

«¿Te has enterado? Han matado al sacerdote. George. Dejaron una nota».

Con rapidez me dirigí a la redacción. Al entrar, todos se estaban mostrando algo en sus celulares. Caminé con rapidez hacia la oficina de Lucrecia. Gail me abrió dejándome pasar.

—Es un caos. ¿Qué ocurrió? —pregunté mientras me sentaba.

Lucrecia, mi jefa, era una mujer de unos cincuenta años. Llevaba anteojos gatunos y con su rostro aniquilador me mostró una foto en la que aparecía el cuerpo del sacerdote con el cuello ensangrentado en el piso de la catedral. No me consideraba una persona cristiana ni religiosa, pero debía admitir que la foto era impactante.

—¿Qué tiene en la frente? —pregunté agarrando la foto para verla mejor.

—Pintura negra —contestó Gail, que estaba sentado a un lado.

Un círculo de pintura negra estaba marcado en la frente del cura.

—¿Quién haría algo así? —pregunté sin poder creerlo mientras me sentaba.

—Ryan Platt —respondió mi jefa ahora mostrándome unas fotos donde arrestaban al joven con las manos marcadas con pintura negra—. Entró y le hizo un corte en el cuello en plena confesión. El lugar estaba lleno de testigos, de gente inocente. Parece que buscaba que lo vieran.

—¿Por qué lo asesinaron? ¿Se sabe? —indagué dejando a un lado la foto, pues algo en mi estómago se revolvía ante la imagen—. Era un hombre respetado y querido en Cambria.

—Bueno, de eso no estoy tan segura —aclaró Lucrecia con su clásica forma distante—. Lo más interesante es que al parecer el joven ya tiene un amigo poderoso que lo está ayudando... —prosiguió.

—¿Él? —pregunté observando la foto donde detenían al joven y señalando al hombre de traje que estaba a su lado.

Tenía el cabello negro y llevaba las manos escondidas en los bolsillos de su pantalón; a juzgar por su rostro no parecía nada contento. Bueno, ¿quién lo estaría? Habían asesinado a alguien. Su porte, su rostro y su forma de vestirse eran tan llamativas como las de un personaje de una revista antigua. Claramente no era de Cambria.

—Einar Lucson —contestó Gail a mi lado.

Mi piel se erizó de tan solo escuchar su nombre. Einar, dueño de la empresa Custodes y del viñedo Plaisir Éternel.

Por algún motivo, en los últimos años estaba empedernido en defender a asesinos y culpables. Cada vez que aparecía en el medio de un crimen, el delincuente se salía con las suyas. No quité mis ojos de él; era la primera vez que veía su rostro.

—¿El empresario? —pregunté levantando una ceja—. No podía imaginarme a alguien mejor en esta situación. Es la primera vez que veo su rostro.

—Apuesto un dineral a que Platt no terminará en la cárcel. —Gail parecía divertirse con el caso.

—En buenas noticias, ya mandamos a impresión el caso de Penélope Garld. Sale el jueves —comentó ahora Lucrecia mirándome fijamente. Asentí.

Había escrito ese artículo un mes atrás, pero Penélope por algún motivo me había negado la publicación hasta el día anterior.

—Prepárate para atacar al toro —susurró Gail ahora con una ceja levantada.

—¿Quiénes son sus próximos objetivos? —preguntó Lucrecia haciendo caso omiso al rapado.

—Bueno, empecé con u... —comenzó Gail.

—No me interesa —cortó la morocha tajante—. Tengo encima a la central de Nueva York —habló mirándonos de pie y con las manos apoyadas en el escritorio—. Quiero una historia diferente, algo que haga parar el mundo —gruñó lentamente.

—El caso de Morgan y Garld está poniendo en riesgo mi pellejo... —comencé.

—Sí, dulce. Eso es estupendo, la gente delirará —apuntó rápidamente restándole importancia—. Pero quiero otro nivel. Tráiganme algo que los haga tocar las estrellas y seré la primera en impulsarlos a subir a la central más grande de esta empresa.

—Nadie es tan importante aquí como para que una noticia le interese a los de afuera —habló Gail con el ceño fruncido—. Cambria es una ciudad olvidada y pequeña, ¿lo recuerdas?

—¿Por qué no nos dices tú? ¿A quién quieres que investiguemos? —pregunté.

—No lo sé, sean creativos. —Lucrecia se movió por su oficina—. Hay tantos nombres que se me pasan por la cabeza en este momento... —suspiró— Parnech, Loris, Reindez... —enumeró lentamente.

—Todos esos son criminales de alto rango. ¿Acaso quieres que terminemos como Cartier solo por un artículo? —preguntó Gail serio.

—Son periodistas. ¿Quieren mantenerse en un sitio seguro? Entonces este no es su lugar... —susurró Lucrecia—. Elijan uno y hagan lo que saben hacer. Investigar —sentenció mirándonos con sus ojos oscuros.

Ambos nos paramos dispuestos a retirarnos.

—¿Qué hay de Einar Lucson? —pregunté antes de salir.

Mi jefa, que ahora estaba sentada frente a su escritorio, me miró por arriba de los anteojos; una sonrisa se deslizó por sus labios pintados de bordó oscuro y sus ojos brillaron de codicia.

—Oh, dulce, si me traes una nota de ese hijo de puta haremos historia —dijo en un tono grave.

Caminé por los pasillos junto a un Gail, que parecía molesto.

—Nos están exprimiendo por dos dólares —gruñó.

—Creo que puede ser una buena oportunidad para salir a explorar algo más ambicioso —comenté con tranquilidad.

—¿Ambicioso? No sé tú pero mi buzón está lleno de amenazas e insultos por meter las narices donde no nos llaman —habló el rapado. Se detuvo y bajando el volumen para que los demás no nos escucharan, dijo—: Ahora nos tiran a los lobos grandes para que nos mastiquen. ¿O acaso piensas que Cartier realmente se suicidó? —preguntó mirándome fijo.

—Pienso que tienes miedo —susurré y él sonrió de lado.

—Cuando te quieras dar cuenta, linda, tendrás a un tiburón detrás —comentó tocando la punta de mi cabello negro. Quitó su mano—. Iré por Parnech —agregó.

—Yo por Lucson —respondí de forma rápida hinchando mi pecho; él rio con ganas.

—La chica nueva quiere destacarse. Tal vez sea mejor que vuelvas a escribir artículos sobre animales extintos. Lucson será un hueso difícil para una novata —fue todo lo que dijo antes de dedicarme una mirada.

Bueno, por lo menos ahora sabía que los idiotas eran universales. Estaban en cualquier lado, incluida esta ciudad sin sol.

—Tabatha, cuando lancen el artículo de Garld y Morgan, haz que eleven el nivel de seguridad para tu despacho. Sé que Cartier te hubiese aconsejado eso... —susurró sin más y se retiró a su oficina mientras yo sentía cómo el frío corría por mi espalda como una navaja.

La casa de mi madre, en el pueblo donde nací, Pardillo, quedaba a algunas horas de distancia de Cambria y agradecía tener aquella camioneta que le habíamos comprado a una expareja de Didi. Era antigua y cada tanto se quedaba a mitad de camino, pero servía; como en Pardillo no hay mucho más que casas separadas por largas distancias, nadie sale sin vehículo.

—Y me dijo que no le interesaba... —comentó mi madre todavía con el ambo de enfermera mientras comía un sándwich.

—Es que no le interesaba... —respondió mi abuela sentada a un lado.

—Tú no lo sabes... —mi madre habló con su típica aceleración; el *biper* enganchado en su cinturón empezó a sonar.

Lo observó y luego lo apagó.

—Debo ir al hospital, vuelvo en unas horas —comentó—. ¿Terminarás la tarea? —le pregunto a Luke, mi hermano menor, quien se encontraba frustrado frente a unos ejercicios de matemáticas.

—Sí —contestó.

—No seas perezoso y no te duermas tarde. —Le dio un beso en la cabeza y luego me abrazó.

—Ven más seguido, tu abuela y yo te extrañamos —fue todo lo que dijo antes de perderse por la puerta.

—Está trabajando más que nunca —comenté sentándome a la mesa.

Mi abuela Betiana me observó.

—Está en un duelo interno, sus dos hijas se fueron lejos —repuso burlona.

—E imagínate cuando se vaya el pequeñito —dije mirando al niño castaño que hacía su tarea.

—Leí tu último artículo —comentó mi abuela bajando el volumen de la televisión de fondo.

—¿Qué te pareció? —contesté para luego beber de mi taza de café.

—Fuerte, violento y maravilloso. Tus artículos son siempre impecables, pero debo decirte que extraño los de animales.

—Es más interesante jugar a ser espía —contesté observando la ventana.

Escuché su risa ronca por la cantidad de cigarrillos que había fumado a lo largo de su vida.

—Tengo miedo de que te metas en problemas. ¿Alguien te está cubriendo las espaldas con estos artículos? —preguntó mirándome.

—No, pero estoy contando la verdad. Eso no tendría que traerme problemas.

—Hay gente que no quiere que se sepa la verdad, Tab —afirmó mirándome.

Betiana llevaba el cabello completamente gris, su expresión siempre era de amabilidad y calidez. Había sido periodista y autora de distintos libros que en su época habían causado gran revuelo y eso la había puesto cerca de la muerte unas cuantas veces.

—No suenes como todos los demás, Beti. Tú no —susurré.

Ella se quedó en silencio unos segundos.

—Las palabras son necesarias para decir la verdad, pero debes tener cuidado. Porque también pueden ser un arma. Las palabras tienen peso, Tab —agregó.

—Por eso debes aprender a leer bien —me burlé de Luke en un intento de cambiar la atención.

—¡Yo sé leer! —dijo molesto.

Me reí.

—Solo cuídate, dulzura —insistió Betiana.

—No es lo mismo que en tus tiempos, abuela. La gente está mucho más abierta a la información —comenté.

Ella rio con muchas ganas.

—Oh, cielo, es igual de difícil que en mis tiempos, pero ahora la gente lee más y con la tecnología todo está en manos de cualquiera en tan solo minutos. Rezaré a nuestros ancestros para que cuiden de ti —comentó. Se puso de pie y sus diferentes collares sonaron con el movimiento—. ¿Quieres más café? Iré por agua —preguntó y desapareció por la puerta.

Ya sola en mi departamento me senté frente a la *laptop*. Didi había ido a un bar con sus amigos. Una lluvia torrencial había comenzado a caer en la noche fría.

Escribí el extravagante nombre de Einar Lucson. Los distintos portales virtuales me llevaban a asuntos de su compañía, pero no podía encontrar nada referido a él.

Clickeé en las imágenes y me maravillé al ver las fotos de distintos lugares del mundo que se vinculaban a eventos de prestigio. Agrandé una foto en particular.

El hombre de cabello negro, ojos claros, mandíbula dura y una belleza intimidante miraba al frente con una pequeña sonrisa. Lucson pasaba su mano por la cintura de una mujer con el cabello caoba corto y una sonrisa ancha tan preciosa que por un segundo me sentí demasiado normal.

Me frustré al saber que eso era lo único que había recolectado luego de más de media hora investigando en las redes. Parecía que habían limpiado cualquier dato que hablara de él o nunca había existido tal información. Había solo números de teléfono de su empresa, pero sabía que apenas llamara no pasaría de su secretaria.

Mi corazón se congeló por un segundo; observé unas imágenes de él vestido de negro saliendo de una casa fúnebre a lo lejos. Conocía ese lugar y sabía qué día había sido ese evento ya que había estado allí. Pero no comprendía qué estaba haciendo él, no tenía recuerdo de haberlo visto.

¿Habría conocido a Florence?

Rápidamente cerré la página en un intento de no rememorar esa situación.

Prendí un cigarrillo al sentir que mi garganta se cerraba y observé la tormenta por la ventana.

—¿Cómo te encuentro, Einar? —pregunté observando la pantalla abierta en la única imagen que había quedado. Parecía un bar.

Estaba vestido formal pero no tanto como en las otras fotos y a su lado había un hombre lleno de tatuajes y *piercings*.

«Einar Lucson en la inauguración del bar Liberium», al pie de la foto.

Si mal no recordaba, era un bar que había abierto a unos minutos de casa en el centro. Un lugar donde no solía ir, principalmente porque no era una zona muy transitada, y porque no era mi estilo.

Un relámpago iluminó el living con fuerza y luego un trueno resonó.

—Tal vez debería buscar a otra persona para investigar, este tipo es hermético —susurré echándome hacia atrás.

Gruñí para luego apagar el cigarrillo en el cenicero y rápidamente me vestí con unos jeans y una chaqueta. Iba a intentarlo, tal vez con un poco de suerte podía encontrar algo de información. Si no encontraba nada esta noche, cambiaría el caso. Quedaría en manos del destino, al igual que había sucedido con el caso Morgan.

—Todo para que el idiota de Gail no me gane de mano. Vamos, destino, no me falles —susurré mientras cerraba la *laptop*. Luego apagué las luces.